

Pedro Lastra, poeta

por LUIS ENRIQUE DELANO

EL EJEMPLAR que Pedro Lastra me envió de su opúsculo titulado **Y éramos inmortales**, lleva el número 289, de una edición de 400, tirada en Lima, dentro de una colección de fino y poético nombre: "La Rama Florida". Esta vez la rama ha echado dieciséis flores, dieciséis poemas no muy extensos (uno de ellos consta de un solo verso), un conjunto homogéneo, que se diría escrito en una sola época.

No sorprenden la calidad, el refinamiento, la sobriedad de la poesía de Lastra. Desde hace años viene distinguiéndose como un cultor serio del poema, paralelamente a sus tareas de profesor, de estudioso, de divulgador de la literatura chilena, director de colecciones e impulsor de ediciones. Quizás esta intensa y muy útil actividad ha influido en que no aparezca Lastra como un poeta que se prodiga. O no escribe mucho, por falta de tiempo, o si lo hace no publica con abundancia, por exceso de autocrítica o por otros motivos.

El lector de **Y éramos inmortales** se encuentra de inmediato con un acento clásico en los versos de Pedro Lastra, cosa más que rara, insólita. Los poetas en la treintena, antes que alcanzar o tal vez buscar semejante tono, prefieren entregarse al juego de las formas, a hacer y deshacer; a inventar y experimentar, con el goce del nadador que se lanza a la piscina. Lastra no. Examine-se este poema de cuatro versos.

¿Es la niebla tu imagen?

**Puerta de la morada
que destruye la noche.**

¿No era inmortal tu rostro?

¿Qué es lo que nos da la sensación de que estos versos están emparentados con los del siglo de oro español? Se diría que es la economía formal, una especie de frugalidad expresiva que el poeta se esfuerza en cultivar.

Pero quien escribe **Y éramos inmortales** es un poeta de nuestros días y el contenido de este breve poema, como el de los otros quince que conforman este opúsculo, es moderno, qué duda cabe. Lo son los sentimientos, la forma misma de sentir, los conceptos. Quien se expresa con sobriedad clásica es un hombre de nuestros días, que siente como la gente de su época y de su edad.

Estos poemas de Lastra son, en general, melancólicos. Hablan de amores no cumplidos, mencionan ciudades que le provocan una imbatible nostalgia, arrojan miradas llenas de añoranza y ternura a la infancia y a un pasado que debe ser muy próximo, pero que el poeta siente como perdido:

No hubo paraíso, lo has

[creado

a la medida de tu imagen
y a semejanza de tu sed,
no hubo

sino esa mirada que

[adoraste,

que siempre estuvo allí,
dando sentido a todas las

[noches y los días,

desde antes del tiempo, desde

[antes

de la tierra y del mar en

[que viviste.

¿Quién negaría el rico contenido poético de esta estrofa?